

## CAPÍTULO IX

Donde la casualidad, que se permite verdaderas novelas, lleva demasiado bien las cosas para que vayan mucho tiempo así.

Bajo la promesa de un secreto absoluto, Hortensia le contó el resumen de sus conversaciones con la prima Bel. Después, al entrar en casa, enseñó á su padre el famoso sello como prueba de la sagacidad de sus conjeturas. El padre admiró en su fuero interno la profunda destreza de las jóvenes movidas por el instinto, reconociendo la sencillez del plan que aquel amor ideal había sugerido en una noche á aquella inocente joven.

—Vas á ver la obra maestra que acabo de comprar; pronto la traerán, y el querido Wenceslao acompañará al comerciante... El autor de semejante grupo tiene que hacer fortuna; pero obtén para él, por medio de tu influencia, el encargo de hacer una estatua y después una plaza en el Instituto...

—¡Qué aprisa vas!—exclamó el padre.—Si os dejasen hacer á vosotras, os casaríais en el plazo legal, en once días...

—¿Se espera once días?—respondió ella riendo.—Pues le he amado en cinco minutos, como amaste tú á mamá al verla, y él me quiere como si nos conociésemos desde hace dos años. Sí—dijo ella respondiendo á un gesto de su padre,—he leído diez volúmenes de amor en sus ojos. ¿Y no será aceptado por usted y por mamá como marido mío, cuando esté demostrado que es un hombre de genio? ¡La escultura es la primera de las artes!—exclamó ella batiendo palmas y saltando.—Mira, voy á contártelo todo...

—¿Aun hay algo más?—preguntó el padre sonriendo.

Aquella inocencia completa y parlanchina había tranquilizado del todo al barón.

—Una confesión de la menor importancia—respondió ella.—Le amaba sin conocerle, pero estoy loca por él desde hace una hora que le he visto.

—Un poco demasiado loca—respondió el barón, á quien el espectáculo de aquella pasión inocente alegraba.

—No tomes á mal mi confianza—repuso ella.—Resulta

tan agradable poder decirle á su padre: «¡Amo y soy feliz amando!»—añadió.—¡Ahora verás á mi Wenceslao! ¡Qué frente llena de melancolía!... ¡qué ojos grises en los que brilla el sol del genio!... ¡y qué distinguido es! ¡Qué piensas de esto? ¿Es un país hermoso la Livonia? ¡Casarse mi prima Bel con ese hermoso joven, ella que puede ser su madre! ¡Esto sería un crimen! ¡Qué celosa estoy de lo que ha debido hacer ella por él! Me figuro que no verá con gusto mi casamiento.

—Mira, ángel mío, no le ocultemos nada á tu madre—dijo el barón.

—Tendríamos que enseñarle este sello, y he prometido no descubrir á mi prima que, según dice, tiene miedo de las bromas de mamá—respondió Hortensia.

—¿Tienes escrúpulos por lo del sello, y sin embargo le robas el amante á tu prima Bel?

—He hecho una promesa por el sello, pero no he prometido nada por el autor de él.

Esta aventura, de una sencillez patriarcal, convenía singularmente á la situación secreta de esta familia; de modo que el barón, al mismo tiempo que alababa á su hija por su confianza, le dijo que en adelante tenía que ponerlo todo en manos de sus padres.

—Ya comprendes, hija mía, que no eres tú la que tiene que asegurarse de si el amante de tu prima es conde, si tiene los papeles en regla y si su conducta ofrece garantías. Respecto á tu prima, rechazó cinco partidos cuando tenía veinte años menos, y no será un obstáculo; yo me encargo de ello.

—Escuche usted, padre mío: si quieren verme casada, no hablen á mi prima de nuestro enamorado más que en el momento de firmar mi contrato de matrimonio... Desde hace seis meses le hago preguntas respecto á ese punto... Pues bien, ¡hay algo inexplicable en ella!

—¿Qué?—dijo el padre intrigado.

—En fin, sus miradas no son buenas cuando voy demasiado lejos, aunque lo haga en broma, respecto de su enamorado. Tome usted sus informes, pero déjeme á mí dirigir la barca. Mi confianza debe tranquilizarle á usted.

—El Señor ha dicho: «¡Dejad que los niños se acerquen á mí!» y tú eres uno de los que vuelven—respondió el barón con ligero tono irónico.

Después del almuerzo, se presentaron el comerciante, el



artista y el grupo. El súbito rubor que coloreó el rostro de su hija puso al principio inquieta á la baronesa y después atenta, y la confusión de Hortensia y el fuego de sus miradas le revelaron en seguida el misterio tan mal oculto en aquel joven corazón.

El conde de Steinbock, vestido de negro, pareció al barón un joven muy distinguido.

—¿Haría usted una estatua en bronce?—le preguntó teniendo en las manos el grupo.

Después de haberlo admirado sinceramente, el barón pasó el bronce á su mujer, la cual no entendía ni jota en escultura.

—¿Verdad, mamá, que es muy hermoso?—dijo Hortensia á su madre al oído.

—¡Una estatua!... señor barón, no es tan difícil como adornar un reloj como el que ve usted y que el señor ha tenido la complacencia de traer—respondió el artista á la pregunta del barón.

El comerciante estaba ocupado en colocar sobre el armario del comedor el modelo de cera de las doce Horas, que los Amores intentan detener.

—Déjeme ese reloj—dijo el barón estupefacto de la belleza de aquella obra,—quiero enseñarlo á los ministros del interior y del comercio.

—¿Quién es ese joven que tanto te interesa?—preguntó la baronesa á su hija.

—Un artista bastante rico para explotar ese modelo, podría ganar con él cien mil francos—dijo el anticuario, que tenía un aire capaz y misterioso al ver la armonía de las miradas entre la joven y el artista.—Basta con vender ocho ejemplares á ocho mil francos, pues cada ejemplar costará unos mil escudos de trabajo; pero numerando cada ejemplar y destruyendo el modelo, seguramente que se encontrarán veinticuatro aficionados satisfechos de ser los únicos poseedores de esa obra.

—¡Cien mil francos!—exclamó Steinbock mirando alternativamente al comerciante, á Hortensia, al barón y á la baronesa.

—Sí, cien mil francos—repitió el comerciante,—y si yo fuese bastante rico, se lo compraría por veinte mil, pues destruyendo el modelo, se convierte en una propiedad. Un príncipe pagaría por esa obra treinta ó cuarenta mil francos,

y adornaría con ella su salón. No se ha hecho nunca, en arte, un reloj que satisfaga á la vez á los burgueses y á los concedores, y eso, señor, es la solución de esta dificultad...

—Aquí tiene para usted, señor—dijo Hortensia entregando seis monedas de oro al comerciante, que se retiró.

—No diga usted nada á nadie de esta visita—fué á decirle el artista al comerciante en el umbral de la puerta.—Si le preguntasen donde hemos llevado el grupo, nombre al duque de Herouville, el célebre aficionado que vive en la calle de Varennes.

El comerciante levantó la cabeza en señal de asentimiento.

—¿Cómo se llama usted?—preguntó el barón al artista cuando éste volvió.

—El conde Steinbock.

—¿Tiene los papeles que prueben quien es?

—Sí, señor barón; están en lengua rusa y alemana, pero sin legalizar.

—¿Se siente usted con fuerzas para hacer una estatua de nueve pies?

—Sí, señor.

—Pues bien, si las personas á quienes voy á consultar están contentas de sus obras, puedo obtener para usted el encargo de hacer la estatua del general Montcornet, que quieren erigir en el Père-Lachaise sobre su tumba. El ministerio de la Guerra y los antiguos oficiales de la guardia imperial dan una suma bastante importante para tener derecho á escoger al artista.

—¡Oh! señor, sería mi fortuna—dijo Steinbock, que permaneció estupefacto al ver tantas felicidades á la vez.

—Esté usted tranquilo—respondió graciosamente el barón;—si á los dos ministros á quienes voy á enseñar el grupo de usted y ese modelo les gustan estas dos obras, su fortuna está en buen camino.

Hortensia estrechaba el brazo de su padre hasta hacerle daño.

—Traígame sus papeles, y no diga nada de sus esperanzas á nadie, ni siquiera á nuestra prima Bel.

—¿Isabel?—exclamó la señora Hulot, acabando de comprender el fin sin adivinar los medios.

—Puedo darle pruebas de mi saber haciendo el busto de la señora...—añadió Wenceslao.



Admirado de la belleza de la señora Hulot, hacía un momento que el artista comparaba á la madre con la hija.

—Vamos, señor, la vida puede convertirse en hermosa para usted—dijo el barón completamente seducido por el exterior fino y distinguido del conde Steinbock.—Pronto sabrá usted que nadie tiene impunemente talento en París y que todo trabajo constante encuentra su recompensa.

Hortensia, ruborosa, alargó al joven una bonita bolsa argelina que contenía sesenta monedas de oro. El artista, que seguía siendo hidalgo, respondió al rubor de Hortensia con un color de pudor bastante fácil de interpretar.

—¿Es este, por casualidad, el primer dinero que recibe usted por sus trabajos?—preguntó la baronesa.

—Sí, señora, por mis trabajos de arte; pero no por mis penas, pues he trabajado como obrero.

—Bien; esperamos que el dinero de mi hija le dará suerte—respondió la señora Hulot.

—Y cójalo sin escrúpulos—añadió el barón al ver que Wenceslao tenía la bolsa en la mano sin cerrarla.—Esta suma será desembolsada por algún gran señor, tal vez por un príncipe, que nos la devolverá seguramente con usura para poseer esta hermosa obra.

—¡Oh! ¡la aprecio demasiado, papá, para cederla á nadie, aunque sea á un príncipe real!

—Puedo hacer para la señorita otro grupo más bonito que ese...

—Ya no sería éste—respondió ella.

Y como avergonzada de haber dicho demasiado, se fué al jardín.

—¡Voy á romper el molde y el modelo apenas entre en casa!—dijo Steinbock.

—Vamos, tráigame los papeles, y pronto oirá usted hablar de mí, si responde á todo lo que yo espero de usted, señor.

Al oír aquella frase, el artista se vió obligado á marcharse. Después de haber saludado á la señora Hulot y á Hortensia, que volvió expresamente del jardín para despedirse, fué á pasearse por las Tullerías sin poder, sin atreverse á entrar en su buhardilla, donde su tirano iba á acosarle á preguntas y á arrancarle su secreto.

El amante de Hortensia imaginaba grupos y estatuas á cientos; se sentía con fuerza para cortar él mismo el mármol,

como Canova, el cual, débil como él, estuvo á punto de morir. Estaba transformado por Hortensia, que se había convertido para él en la inspiración visible.

—¿Esas tenemos?—dijo la baronesa á su hija.—¿Qué es lo que significa eso?

—Pues bien, querida mamá, acabas de ver al amante de nuestra prima Bel, que espero será ahora el mío... Pero cierra los ojos, hazte la ignorante. ¡Dios mío! yo que quería ocultártelo todo, voy á decírtelo todo.

—Vamos, adiós, hijas mías—dijo el barón abrazando á su mujer y á su hija,—tal vez vaya á ver á la Cabra, y sabré por ella muchas cosas de ese joven.

—Papá, sé prudente—repitió Hortensia.

—¡Oh! ¡hijita mía!—exclamó la baronesa cuando Hortensia hubo acabado de contarle su poema cuyo canto era la aventura de aquella mañana;—¡hijita mía, lo más astuto de la tierra será siempre la inocencia!

Las pasiones verdaderas tienen su instinto. Poned un goloso en situación de poder coger una fruta de un plato y veréis como no se engaña y cogerá, hasta sin ver, la mejor. Del mismo modo, dejad á las jóvenes bien educadas la elección absoluta de sus maridos, y si están en situación de tener los que ellas designan, se equivocarán rara vez. La naturaleza es infalible. La obra de la naturaleza, en esta materia, se llama amar á primera vista. En amor, la primera vista es sencillamente la segunda vista.

El contento de la baronesa, aunque oculto bajo la dignidad materna, igualaba al de su hija, pues de las tres maneras de casar á Hortensia de que había hablado Crevel, la mejor, á pesar suyo, parecía deber realizarse. Vió en aquella aventura una respuesta de la Providencia á sus fervientes plegarias.

El forzado de la señorita Fischer, obligado, no obstante, á entrar en la buhardilla, tuvo la idea de ocultar la alegría del amante bajo la alegría del artista, feliz por su primer éxito.

—¡Victoria! mi grupo está vendido al duque de Herouville, que va á darme trabajo—dijo tirando los mil doscientos francos en oro sobre la mesa de la solterona.

Como podrán suponer, había cerrado la bolsa de Hortensia y la tenía sobre su corazón.

—Es una felicidad—respondió Isabel,—pues yo me



exterminaba trabajando. Ya ve usted, hijo mío, que el dinero se gana muy lentamente en el oficio que ha tomado usted, pues este es el primero que gana, y pronto hará cinco años que trabaja. Esta suma apenas basta para reembolsarme de lo que usted me ha costado desde la letra de cambio que reemplaza mis economías. Pero esté usted tranquilo—añadió después de haber contado el dinero,— esta suma la gastará usted. Con esto tenemos la vida asegurada para un año; si continúa usted así, puede empazarse conmigo y tener una buena suma suya.

Al ver el éxito de su astucia, Wenceslao contó mil mentiras del conde de Herouville á la solterona.

—Quiero que se vista usted todo de negro, á la moda, y que renueve su ropa blanca, pues debe usted presentarse bien vestido en casa de sus protectores—respondió Isabel.— Además, necesitará usted una habitación más grande y más decente que su horrible buhardilla, y tendrá que amueblarla bien. ¡Qué contento está usted! Ya no es usted el mismo—añadió examinando á Wenceslao.

—Han dicho que mi grupo es una obra maestra.

—Pues bien, mejor. Haga otros—replicó aquella solterona, que estaba solamente por lo positivo y que era incapaz de comprender la alegría del triunfo ó la belleza en las artes.—No se preocupe ya de lo que está vendido, fabrique alguna otra cosa para vender. Ha gastado usted doscientos francos, sin contar su trabajo y su tiempo, en ese diablo de Sansón. Su reloj le costará más de mil francos. Mire, si quiere usted creerme, debería terminar esos dos muchachitos coronando á la joven; eso seducirá á los parisienses. Yo voy á pasar por casa del señor Graff, el sastre, antes de ir á casa del señor Crevel... Suba usted á su casa, voy á vestirme.

Al día siguiente el barón, que estaba loco por la señora Marneffe, fué á ver á su prima Bel, la cual quedó estupefacta al abrir la puerta y verle ante ella, pues nunca habia ido á hacerle ninguna visita, y se dijo: «¿Tendrá Hortensia envidia de mi amante?...» pues la solterona habia sabido la víspera, en casa del señor Crevel, la ruptura del matrimonio con el consejero de la corona.

—Cómo, primo mío, ¿usted aquí? Viene usted á verme por primera vez en su vida, y seguramente que no es por mis hermosos ojos.

—¡Hermosos! es verdad—replicó el barón;—tienes los ojos más hermosos que he visto...

—¿A qué viene usted? Mire, estoy avergonzada de recibirle en semejante chiribitil.

La primera de las dos piezas de que se componía la habitación de la prima Bel le servía á la vez de salón, de comedor, de cocina y de taller. Los muebles eran como los de las casas de obreros acomodados: sillas de nogal rellenas de paja, una mesita para comer, de nogal, una mesa para trabajar, grabados iluminados en marcos de madera ennegrecida, cortinitas de muselina en las ventanas, un gran armario de nogal, el suelo reluciente de limpieza, todo esto sin un grano de polvo, pero lleno de tonos fríos, un verdadero cuadro de Terburg donde nada faltaba, ni siquiera el tono gris, representado por un papel en otra época azulado y que habia pasado al tono gris. Respecto al cuarto de dormir, nadie habia penetrado nunca en él.

El barón lo abrazó todo de una mirada, vió la señal de la mediocridad en cada cosa, desde la estufa de hierro fundido hasta los utensilios de la casa, y le entraron náuseas diciéndose:

—¡He aquí la virtud! ¿Que por qué vengo?—respondió en voz alta.—Eres una joven demasiado astuta para que dejes de adivinarlo, y vale más que te lo diga—dijo sentándose, mirando á través del patio y descorriendo la cortina de muselina con pliegues.—Hay en esta casa una mujer muy bonita.

—¡La señora Marneffe! ¡Oh! ya caigo—dijo ella comprendiéndolo todo.—¿Y Josefa?

—¡Ay de mí! prima, todo ha terminado... He sido puesto á la puerta como un lacayo.

—¿Y usted querría?...—preguntó la prima mirando al barón con la dignidad de una gazmoña que se ofende un cuarto de hora antes de tiempo.

—Como la señora Marneffe es una mujer distinguida á quien puedes ver sin comprometerte—repuso el empleado,—quisiera que te visitases con ella. ¡Oh! tranquilízate, tendrá los mayores miramientos con la prima del señor director.

En este momento se sintió el rozar de una falda en la escalera, acompañado del ruido de los pasos de una mujer calzada con borcegujes superfinos. El ruido cesó en el des-



cansillo. Después de dos golpecitos dados á la puerta, la señora Marneffe se presentó.

—Dispéñeme, señora, esta irrupción en su casa; pero no la encontré ayer cuando vine á hacerle una visita. Somos vecinas, y si yo hubiese sabido antes que era usted prima del señor consejero de Estado, hace mucho tiempo que le hubiese pedido su protección para mí. He visto entrar al señor director, y me he tomado la libertad de venir, pues mi marido, señor barón, me ha hablado de un trabajo acerca del personal, que será sometido mañana á la firma del ministro.

Parecía estar conmovida, palpar; pero lo único que había hecho era subir las escaleras rápidamente.

—No tiene usted necesidad de solicitante, hermosa señora—respondió el barón,—soy yo quien tengo que pedirle el favor de dejarme verla.

—Pues bien, si la señorita no lo toma á mal, venga usted—dijo la señora Marneffe.

—Vaya usted, primo mío, pronto iré á reunirme con ustedes—dijo prudentemente la prima Bel.

La parisiense contaba de tal modo con la visita y con la inteligencia del señor director, que se había hecho, no sólo un tocado apropiado para semejante visita, sino que además había arreglado su habitación. Desde por la mañana, había puesto flores compradas al fiado. Marneffe había ayudado á su mujer á limpiar los muebles, á dar lustre á los objetos más pequeños, enjabonándolos, cepillándolos, quitando el polvo á todo. Valeria quería hallarse en un ambiente lleno de frescura, á fin de agradar al señor director y agradar lo bastante para tener derecho á ser cruel, á entretenerle como á un niño, empleando los recursos de la táctica moderna. Había juzgado á Hulot. Dejad á una parisiense en la desesperación veinticuatro horas, y derribará á un ministerio.

Este hombre del Imperio, acostumbrado al género imperio, debía ignorar en absoluto las maneras del amor moderno, los nuevos escrúpulos, las diferentes conversaciones inventadas desde 1830 y en las que la *pobre débil mujer* acaba por hacer que la consideren como la víctima de los deseos de su amante, como una hermana de la caridad que cura llagas, como un ángel que se sacrifica. Este *nuevo arte de amar* emplea infinidad de palabras evangélicas en la obra del diablo.

La pasión es un martirio. Se aspira á lo ideal, á lo infinito, y por una y otra parte quieren llegar á ser mejores por el amor. Todas estas frases hermosas son un pretexto para emplear aún más ardor en la práctica y más rabia en las caídas que se empleaban en el pasado. Esta hipocresía que caracteriza á nuestros tiempos ha gangrenado la galantería. Los amantes son dos ángeles, y si pueden obran como dos demonios. El amor no tenía tiempo para analizarse de este modo á sí mismo entre dos campañas, y en 1809 iba, en cuestión de éxitos, tan aprisa como el Imperio. Ahora bien, cuando la Restauración, el guapo Hulot, al convertirse en mujeriego, había consolado en un principio á algunas amigas caídas entonces como astros distinguidos del firmamento político, y, una vez anciano, se había dejado coger por las Jenny Cadine y las Josefás.

La señora Marneffe había preparado sus baterías al saber los antecedentes del director, que le fueron contados por su marido después que éste hubo tomado algunos informes en su oficina. La comedia del sentimiento moderno podía tener para el barón el encanto de la novedad, pues, digámoslo, Valeria estaba decidida, y el ensayo que hizo de su poder aquella mañana respondió á todas sus esperanzas.

## CAPÍTULO X

Contrato privado y sin registro entre una leona y una cabra

Gracias á estas maniobras sentimentales, novelescas y románticas, Valeria obtuvo, sin prometer nada, la plaza de subjefe y la cruz de la Legión de honor para su marido.

Esta lucha no se realizó, como es consiguiente, sin comidas en el Rocher de Cancale, sin invitaciones para el teatro y sin muchos regalos de mantillas, chales, trajes y joyas. Como la habitación de la calle de Doyenné era poco agradable, el barón proyectó amueblar una con magnificencia en la calle de Vanneau, en una encantadora casa moderna.

El señor Marneffe obtuvo una licencia de quince días para poder ir á arreglar asuntos de interés de su país y una gratificación, y se prometió hacer un viajecito á Suiza para estudiar allí el bello sexo.



Si el barón Hulot se ocupó de su protegida, no por eso olvidó á su protegido. El conde Popinot, ministro de comercio á la sazón, era amante de las artes, y dió dos mil francos por un ejemplar del grupo de Sansón con la condición de que se rompería el molde para que no existiese más que su Sansón y el de la señorita Hulot. Aquel grupo llenó de admiración á un príncipe, al cual le enseñaron el modelo del reloj, que fué comprado por él en treinta mil francos con la condición de que había de ser el único poseedor. Consultados los artistas, entre los cuales estaba Stidmann, declararon que el autor de aquellas dos obras podía hacer una estatua. Inmediatamente, el mariscal príncipe de Wisemburgo, ministro de la guerra y presidente del comité de suscripción para el monumento del mariscal Montcornet, convocó á dicho comité, acordando en él confiar á Steinbock la ejecución de la estatua. El conde de Rastignac, que era entonces subsecretario de Estado, quiso una obra del artista cuya gloria surgía aclamada por sus rivales; y obtuvo de Steinbock el delicioso grupo de los dos muchachos coronando á una muchacha, y le prometió un taller en el depósito de mármoles del gobierno, situado, como es sabido, en el Gros-Cail-  
lou.

Aquello fué el éxito, pero el éxito como se obtiene en París, es decir, loco, el éxito capaz de aplastar á las gentes que no tienen hombros para soportarlo, lo cual, entre paréntesis, ocurre frecuentemente. Se hablaba en los periódicos y en las revistas del conde de Steinbock, sin que él ni la señorita Fischer lo sospechasen siquiera. Todos los días, tan pronto como la señorita Fischer se iba á comer, Wenceslao se encaminaba á casa de la baronesa, pasando allí una ó dos horas, excepto los días en que Isabel iba á casa de su prima Hulot. Este estado de cosas duró algunos días.

El barón, seguro de las cualidades y del estado civil del conde de Steinbock, la baronesa, prendada de su carácter y de sus costumbres, y Hortensia, orgullosa de su aprobado amor y de la gloria de su pretendiente, no vacilaban ya en hablar de aquel matrimonio. Finalmente, el artista se creía en el colmo de la dicha, cuando una indiscreción de la señora Marneffe lo puso todo en peligro. He aquí como:

Isabel, á quien el barón Hulot deseaba relacionar con la señora Marneffe para tener siempre un espía en aquel hogar, había comido ya en casa de Valeria, la cual, por su parte,

deseando saber algo de la familia Hulot, acariciaba mucho á la solterona. Valeria tuvo, pues, la idea de invitar á la señorita Fischer á que fuese á comer con ella, á veces, á la nueva habitación que ocuparía en breve. La solterona, contenta de hallar una casa más adonde poder ir á comer, y cautivada por la señora Marneffe, le había tomado cariño. De todas las personas con quienes había tenido relaciones, ninguna había hecho tantos gastos por ella. En efecto, la señora Marneffe, que mimaba cuanto podía á la señorita Fischer, era, por decirlo así, para ella lo que la prima Bel era para la baronesa, para el señor Rivet, para Crevel y para todos los demás que le invitaban á comer. Los Marneffe habían excitado sobre todo la conmiseración de la prima Bel dejándole ver la profunda miseria de su hogar, miseria que procuraron revestir de los más hermosos colores: amigos socorridos que fueron ingratos, enfermedades, una madre, la señora Fortín, á quien habían ocultado sus angustias y que murió creyéndose siempre en la opulencia gracias á sacrificios sobrehumanos, etc.

—¡Pobre gente!—le decía á su primo Hulot.—Hace usted bien en interesarse por ellos, porque son muy buenas personas y lo merecen. Apenas pueden vivir con los mil escudos de sueldo del jefe, y desde la muerte del mariscal Montcornet están empeñados. Es una verdadera barbarie eso de que el gobierno quiera que un empleado que tiene mujer é hijos viva en París con dos mil cuatrocientos francos de sueldo.

Una joven que parecía tenerle amistad, que se lo decía todo para consultarle, que la adulaba y que parecía dejarse guiar por ella, pasó á ser al poco tiempo más amada por la prima Bel que todos sus parientes.

Por su parte, el barón, admirando en la señora Marneffe una decencia, una educación y unos modales que no había visto en Jenny Cadine, ni en Josefa, ni en ninguna de sus amigas, se había enamorado de ella, en un mes, con pasión de anciano, pasión insensata que parecía razonable. En efecto, no veía allí ni burlas, ni orgías, ni gastos locos, ni depravación, ni desprecio por las cosas sociales, ni aquella independencia absoluta que había sido causa de todas sus desgracias en sus relaciones con la actriz y la cantante. Tampoco veía en ella aquella rapacidad de cortesana, comparable á la red del diablo.



La señora Marneffe, que se había convertido en su amiga y confidente, hacía mil remilgos para aceptar la menor cosa de él.

—Pasemos por los ascensos, las gratificaciones y todo lo que pueda usted lograr del Gobierno; pero no empiece usted á deshonrar á la mujer á quien dice ama tanto—decía Valeria,—porque sino no le creeré... y á mi me gusta creerle—añadía dirigiendo al cielo una mirada de santa.

Cada regalo que le hacía aceptar era una especie de violación de conciencia, la toma de una fortaleza. El pobre barón empleaba estratagemas para ofrecer una bagatela que no dejaba de costarle cara, y se felicitaba de haber encontrado al fin una virtud que realizara sus sueños. Durante estos manejos primeros, el barón era tan dios en aquella casa como en la suya propia. El señor Marneffe parecía estar á mil leguas de creer que Júpiter tuviese intenciones de bajar á casa de su mujer en forma de lluvia de oro, y hacía de paje á su augusto jefe.

La señora Marneffe, de veintitrés años de edad, mujer de la clase media, pura y timorata, flor escondida en la calle del Doyenné, debía ignorar las depravaciones y la desmoralización cortesanesca que causaban ahora horribles disgustos al barón, pues éste no había conocido aún los encantos de la virtud que combate, y la tímida Valeria se los hacía saborear.

Puesta la cuestión en este terreno entre Héctor y Valeria, á nadie le asombrará saber que Valeria hubiese sabido por Héctor el secreto del próximo casamiento del gran artista Steinbock con Hortensia. Entre un amante sin derechos y una mujer que no se decide fácilmente á ser una querida, hay luchas orales y morales en que la palabra descubre frecuentemente el pensamiento, lo mismo que en un asalto el florete adquiere la animación de la espada del duelo. El hombre más prudente imita entonces al señor de Turenne. El barón había dejado, pues, entrever toda la libertad de acción que el matrimonio de su hija le daría para responder á la amante Valeria, que más de una vez había exclamado:

—No concibo que una mujer cometa una falta por un hombre que no pueda ser todo suyo.

El barón le había jurado ya mil veces que, desde *hacia veinticinco años*, todo había terminado entre la señora Hulot y él.

—¡Dicen que es tan hermosa!—replicaba la señora Marneffe.—Quiero pruebas.

—Las tendrá usted—dijo el barón, feliz con aquel deseo de Valeria que la comprometía.

—¿Cómo? sería preciso que no me dejase usted nunca—había respondido Valeria.

Héctor se vió entonces forzado á revelar sus proyectos en ejecución de la calle de Vanneau, para demostrar á su Valeria que pensaba en darle aquella mitad de la vida que pertenecía á una mujer legítima, suponiendo que el día y la noche participan por igual de la existencia de las gentes civilizadas. Habló de separarse decentemente de su mujer dejándola sola, una vez que su hija se hubiese casado. La baronesa pasaría entonces todo el tiempo en casa de Hortensia y en la de los jóvenes esposos Hulot, y estaba seguro de la obediencia de su mujer.

—Desde ese momento, angelito mío, mi verdadera vida, mi verdadero hogar estará en la calle de Vanneau.

—¡Dios mío, cómo dispone usted de mí!...—dijo entonces la señora Marneffe.—¿Y mi marido?...

—¿Ese guiñapo?

—Lo cierto es que al lado de usted, es eso...—respondió ella riendo.

La señora Marneffe sintió unas ganas atroces de ver al joven conde de Steinbock después de haber sabido su historia; tal vez quería obtener alguna joya de él mientras viviesen bajo el mismo techo. Esta curiosidad disgustó tanto al barón, que Valeria juró no mirar nunca más á Wenceslao. Poco después de haber recompensado el abandono de aquel capricho con un servicio completo para té de porcelana antigua de Sevres, guardó su deseo en el fondo de su corazón escrito como en una agenda. Así, pues, un día que había rogado á su prima Bel que fuese á tomar café con ella á su habitación, puso sobre el tapete la cuestión de su enamorado, á fin de saber si podría verle sin peligro.

—Amiguita mía, ¿por qué no me ha presentado aún á su novio? ¿Ya sabe usted que se ha hecho célebre en poco tiempo?

—¿El célebre?

—Pero si no se habla más que de él.

—¡Bah!—exclamó Isabel.

—Va á hacer la estatua de mi padre, y, no puedo serle

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
ALFONSO REYES

Appo. 1625 MONTERREY, MEXICO



muy útil para el buen éxito de su empresa, pues la señora Montcornet no puede, como yo, prestarle una miniatura de Sain, una obra maestra hecha en 1809, antes de la campaña de Wagram, miniatura que le fué dada á mi pobre madre cuando Montcornet era aún joven y guapo.

En tiempo del Imperio, Sain y Augustin se compartían el imperio de la pintura en miniatura.

—¿Dice usted que va á hacer una estatua?—le preguntó Isabel.

—De nueve pies, encargada por el ministerio de la Guerra. Pero ¿de dónde sale usted? ¿He de tener yo que darle estas noticias? El gobierno le va á dar además al conde de Steinbock un taller y casa en el depósito de mármoles del Gros-Caillou, del que tal vez sea director su polaco... Una plaza de dos mil francos, una canongía.

—¿Cómo sabe usted todo eso, cuando yo no sé nada?—le dijo al fin Isabel saliendo de su estupor.

—Vamos á ver, mi querida prima Bel—dijo graciosa-mente la señora Marneffe,—¿es usted capaz de sentir una amistad verdadera, á toda prueba? ¿Quiere usted que seamos como dos hermanas? ¿Quiere usted jurarme que no tendrá nunca más secretos para mí, como yo no los tendré para usted, y quiere usted ser mi espía como lo seré yo suya? ¿Quiere usted, sobre todo, jurarme que no me venderá nunca á mi marido ni al señor Hulot, y que no dirá nunca que he sido yo la que le he dicho?...

La señora Marneffe se detuvo en su plática, pues le asustó el aspecto de la prima Bel. La fisonomía de la lorenesa se había vuelto terrible. Sus ojos negros y penetrantes tenían la fijeza de los de los tigres, y su cara se parecía á las que atribuimos á las pitonisas, pues apretaba los dientes para impedir que castañeteasen, y una espantosa convulsión hacía temblar sus miembros. Isabel había metido su ganchuda mano entre su gorro y sus cabellos para empuñarlos y sostener su cabeza, que le parecía que se había vuelto demasiado pesada: ardía. El humo del incendio que la consumía parecía salir á través de sus arrugas, cual si fuesen grietas producidas por una erupción volcánica. Aquello fué un espectáculo sublime.

—Pero ¿por qué se detiene usted?—le dijo con voz ronca.—Seré para usted todo lo que era para él. ¡Oh! le hubiera dado mi sangre.

—¿Le amaba usted, pues?

—Como si fuese mi hijo.

—Bien—repuso la señora Marneffe respirando más á gusto.—Si no le ama usted más que como hijo, se va usted á poner muy contenta, pues no tardará en verle feliz.

Isabel respondió con un movimiento de cabeza rápido, como el de una loca.

—Se casa dentro de un mes con la primita de usted.

—¡Con Hortensia!—gritó la solterona dándose un golpe en la frente y levantándose.

—¿Cómo? ¿de modo que ama usted á ese joven?—preguntó la señora Marneffe.

—Amiguita mía, vamos á unirnos hasta morir—dijo la señorita Fischer.—Sí; si usted tiene afectos, me serán sagrados. En fin, los vicios de usted se convertirán para mí en virtudes, porque yo voy á necesitar de sus vicios.

—¿De modo que vivía usted con él?—exclamó Valeria.

—No, quería ser su madre.

—¡Ah! pues entonces no puedo entender nada—repuso Valeria,—y de ese modo no ha sido usted burlada ni engañada y debe satisfacerle el ver que hace un buen matrimonio. Por lo demás, todo ha acabado para usted, no lo dude. El artista va todos los días á casa de la señora Hulot tan pronto como usted se va á comer.

—¡Adelina!—exclamó Isabel.—¡Oh! ¡Adelina, me la pagarás! ¡he de hacer que te vuelvas más fea que yo!

—Está usted pálida como una muerta—repuso Valeria.—Pero ¿hay algo entre ustedes? ¡Oh! ¡qué estúpida soy!—exclamó la señora Marneffe.

—Cuando la madre y la hija se ocultan de usted, es porque temen que opondría usted obstáculos á ese amor; pero de todos modos, si usted no vivía con ese joven... En fin, todo esto, amiguita mía, resulta para mí más obscuro que el corazón de mi marido.

—¡Oh! usted no sabe—repuso Isabel,—usted no sabe lo que es esa artimaña: es el último golpe que mata. ¡Y cuántos, cuántos golpes he sufrido yo en el alma! Usted ignora que desde la edad en que se siente, yo he sido inmolada á Adelina. Me daban golpes, y á ella le hacían cariños. Yo iba á misa como una desastrada, y ella iba vestida como una señora. Yo cavaba el jardín, mondaba patatas y legumbres, y ella no movía los dedos más que para arreglar sus platicos.



Ella se ha casado con el barón, y ha venido á brillar á la corte del Emperador, y yo permanecí hasta el año 1809 en mi aldea, esperando un partido conveniente durante cuatro años. Sí, y ellos me sacaron de allí, pero me sacaron para hacerme obrera y para proponerme empleados y capitanes que parecían porteros... Yo he aprovechado durante veintiséis años todas sus sobras... Y he aquí que, como en el Antiguo Testamento, el pobre posee una sola oveja que constituye su dicha, y el rico, que tiene rebaños, ambiciona la oveja del pobre y se la roba... sin advertírsele, sin pedir-sela... ¡Adelina me arrebató mi dicha! ¡Adelina!... ¡Adelina! ¡te veré en el lodo y más baja cien veces que yo misma! Hortensia, á quien yo amaba, me ha engañado... El barón... No, éste no es posible. Vamos á ver, dígame usted lo que hay de cierto en todo.

—Cálmese usted, amiguita mía.

—Valeria, angel mío querido, voy á calmarme—respondió aquella extraña joven sentándose.—Una sola cosa puede devolverme la razón: déme usted una prueba.

—¡Pero si su prima Hortensia posee el grupo de Sansón, cuya litografía ha publicado una revista! Hortensia lo pagó de sus economías, y el barón es el que le apoya, considerándole ya como futuro yerno.

—¡Agua! ¡agua!—gritó Isabel después de haber fijado sus ojos en la litografía, en cuyo pie se leía: *Grupo perteneciente á la señorita Hulot de Hervy*.—¡Agua! ¡mi cabeza arde! ¡me vuelvo loca!

La señora Marneffe fué á buscar agua, y la solterona se quitó el gorro, se soltó sus cabellos negros y metió varias veces la cabeza en la palangana que sostenía su nueva amiga, conteniendo así el amago de congestión. Después de esta inmersión, recobró todo su imperio sobre sí misma y le dijo á la señora Marneffe al mismo tiempo que se secaba:

—¡Ni una palabra! ¡ni una palabra de todo esto! ¿Ve usted? ya estoy tranquila y todo está olvidado. Ahora estoy pensando en otra cosa.

—Seguramente que mañana está en el manicomio—se dijo la señora Marneffe mirando á la lorenese.

—¿Qué hacer?—repuso Isabel.—Mire usted, angel mío, es preciso callarse, inclinar la cabeza é ir á la tumba como va el agua directamente al río. ¿Qué puedo yo intentar? Yo quisiera reducir á polvo á toda esa gente, á Adelina, á su

hija, al barón; pero ¿qué puede una parienta pobre contra toda una familia rica?... Sería la historia del puchero de barro contra el puchero de hierro.

—Sí, tiene usted razón—respondió Valeria,—vale más sacar de todo esto el partido que se pueda. Esta es la vida en París.

—Y no lo dude—dijo Isabel,—yo moriré pronto si pierdo á ese muchacho, á quien creía poder servir siempre de madre y con quien contaba vivir toda mi vida.

Esto diciendo, las lágrimas aparecieron en sus ojos y se detuvo. Esta sensibilidad en aquella muchacha de azufre y de fuego, hizo temblar á la señora Marneffe.

—Menos mal—dijo cogiendo la mano de Valeria,—que la tengo á usted, lo cual me sirve de consuelo en esta gran desgracia... Nos amaremos mucho... Y ¿por qué nos hemos de separar? Yo no seré nunca un estorbo para usted. A mí no me amarán nunca. Todos los que me han querido se casaban conmigo á causa de la protección de mi primo... ¡Tener energía para escalar el paraíso, y emplearla en procurarse pan, agua, guñapos y una buhardilla! ¡Ah! amiguita mía, ¡esto sí que es martirio! Me he consumido.

Dicho esto, se detuvo bruscamente y fijó en los azules ojos de la señora Marneffe una mirada que atravesó el alma de aquella mujer bonita, cual le hubiese atravesado una hoja el corazón.

—¡Y por qué hablar!—exclamó dirigiéndose un reproche á sí misma.—¡Ah! jamás he dicho otro tanto. ¡La hucha volverá á manos de su amo!—añadió después de una pausa, empleando esta expresión infantil.—Como usted dice muy bien, agucemos los dientes y procuremos llevarnos el mayor provecho posible.

—Tiene usted razón—dijo la señora Marneffe, á quien espantaba aquella crisis y que no recordaba haber emitido este último concepto.—Creo que está usted en lo cierto, hijita mía. Ande, que la vida no es tan larga para que una no procure sacar de ella todo el partido que pueda, empleando á los demás para placer nuestro. Yo que soy aún joven, ya estoy desengañada. Yo fui educada con gran mimo; mi padre se casó por ambición y casi me olvidó después de haber hecho de mí su ídolo, después de haberme educado como á la hija de una reina. Mi pobre madre, que me hacía soñar un gran porvenir, murió de pena al verme casada con un empleadillo



con mil doscientos francos, libertino y viejo á los treinta y nueve años, corrompido y que no veía en mí más que lo que han visto en usted, un instrumento de fortuna. Y sin embargo, he acabado por ver que este hombre infame es el mejor de los maridos, pues me deja en libertad prefiriéndome á las sucias pérdidas de la calle, y si se queda para sí el sueldo, jamás me pide cuentas acerca del modo que tengo de procurarme recursos.

A su vez la señora Marneffe se detuvo, como mujer que se siente arrastrada por el torrente de las confidencias y admirada de la atención que le prestaba Isabel, de la cual creyó conveniente estar segura antes de hacerla dueña de sus últimos secretos.

—Vea usted, amiga, cual es mi confianza en usted—repuso la señora Marneffe, á la que Isabel contestó con un signo excesivamente tranquilizador.

A veces se jura con los ojos y con un movimiento de cabeza, con más solemnidad que ante los tribunales de justicia.

## CAPITULO XI

### Transformación de la prima Bel

—Yo tengo las apariencias de la honradez—repuso la señora Marneffe poniendo su mano sobre la mano de Isabel.—Soy casada y hago lo que quiero, hasta tal punto, que por la mañana, si al irse Marneffe á la oficina le da la gana de decirme adiós y encuentra la puerta de mi cuarto cerrada, se va tan tranquilamente. Mi marido quiere á su hijo menos de lo que yo quiero á uno de los niños de mármol que juegan al pie de uno de los dos ríos en las Tullerías. Si yo no vengo á comer, él come con la criada, pues la criada es toda del señor, y todas las noches sale después de comer para volver á las doce á la cama. Desgraciadamente, hace un año que estoy sin camarera, lo cual quiere decir que hace un año que estoy viuda. No he tenido más que una pasión, una dicha, y ésta era un rico brasileño que se fué hace un año á vender sus muebles y á realizarlo todo para poder establecerse en Francia. ¿Qué encontrará de su Valeria? Un estercolero. ¡Bah! Después de todo, suya es la culpa. ¡Por qué

tarda tanto en volver? Además, ¿quién sabe si no habrá naufragado, como mi virtud?

—Adiós, amiga mía—dijo bruscamente Isabel,—no nos separaremos ya nunca. La quiero á usted, la estimo y soy toda suya. Mi primo me atormenta para que vaya á establecerme á su futura casa de la calle de Vanneau, y yo me resistía, porque he adivinado la razón de esta nueva bondad.

—Sí, ya sé que usted me hubiera vigilado—dijo la señora Marneffe.

—Esa es la razón de su generosidad—replicó Isabel.—En París la mitad de los beneficios son especulaciones, del mismo modo que la mitad de las ingratitudes son venganzas. Con una parienta pobre, se obra como con las ratas cuando se les pone un pedazo de tocino como cebo. Aceptaré la venganza del barón, porque esta casa se me ha hecho odiosa. ¡Oh! una y otra tenemos bastante talento para callar lo que nos daña y decir lo que debe decirse; de modo que nada de indiscreciones y una amistad...

—A toda prueba—exclamó gozosamente la señora Marneffe, satisfecha de tener una confidente, una especie de tía honrada.—Escuche usted, veo que el barón se porta perfectamente en la calle de Vanneau.

—Ya lo creo, como que se ha gastado treinta mil francos—repuso Isabel.—Yo no sé de donde saca el dinero, porque Josefa lo había desangrado por completo. ¡Oh! no se apure usted, porque el barón es capaz de robar para la mujer que tiene su corazón entre unas manitas blancas y satinadas como las de usted.

—Bueno, amiguita mía—repuso la señora Marneffe,—tome usted de esta casa todo lo que pueda servirle para su nuevo albergue: esta cómoda, este armario, este espejo, esta alfombra, esta colgadura...

Los ojos de Isabel se dilataron por efecto de un goce insensato, pues no se atrevía á creer en semejante regalo.

—Hace usted más por mí en un momento que mis parientes ricos en treinta años—exclamó.—Ellos nunca se han ocupado de si tenía ó no muebles. En su primera visita, hace algunas semanas, el barón hizo una mueca de rico al ver mi miseria. Gracias, amiga mía, yo le haré recobrar centuplicado lo que vale esto. Más tarde verá usted cómo.

Valeria acompañó á la prima Bel hasta el descansillo, donde las dos mujeres se besaron.